

# El mensaje de la reconciliación en Pablo

Carlos Gil Arbiol  
Universidad de Deusto, Bilbao  
12 de noviembre de 2019

En esta conferencia vamos a presentar la peculiar experiencia y reflexión teológica que hizo Pablo sobre la reconciliación a partir de su experiencia religiosa. Presentamos en primer lugar, los mecanismos cotidianos de reconciliación del Judaísmo del Segundo Templo, el propio del contexto de Pablo; en segundo lugar, veremos cuál es la experiencia que, en contraste con ese contexto, Pablo tiene de la reconciliación con Yahvé en su propia vida; por último, concluiremos con algunas consecuencias que se derivan de la aportación paulina a la idea de la reconciliación.

## 1. Los modos de relación con Dios: (los sacrificios y) la reconciliación.

### a) La alianza

La relación de las personas con Dios era cotidiana. Toda la vida de un judío (como de la inmensa mayoría de personas de otros cultos en el Mediterráneo oriental del siglo I) estaba marcada por la idea y experiencia de que Dios estaba presente en la vida cotidiana. En Judea (y los judíos de la diáspora) la relación con Yahvé se expresaba en la alianza, la conciencia que el pueblo judío tenía de que Yahvé lo había elegido entre todos los pueblos de la tierra para hacerlo su propio pueblo. Así lo expresan los textos bíblicos: “Yo os haré mi pueblo, y seré vuestro Dios; y sabréis que yo soy Yahvé, vuestro Dios, que os sacaré de la esclavitud de Egipto” (Ex 6,7); “Porque tú eres un pueblo consagrado a Yahvé tu Dios; a ti te ha elegido para que seas, de entre todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra, el pueblo de su propiedad” (Dt 7,6). El pacto gratuito que Yahvé ofrecía a los judíos consistía en ser su pueblo elegido, ofrecerles protección, felicidad, salvación. Por su parte, el pueblo correspondía con el cumplimiento de la Torah. Así lo expresa el Deuteronomio: “Yahvé te establecerá como el pueblo consagrado a él, como te ha jurado, si tú guardas los mandamientos de Yahvé tu Dios y sigues sus caminos” (Dt 28,9).

Esta era la situación de partida, que podemos imaginar como de reconciliación de partida: la visión idealizada del pueblo judío es que el origen de su historia fue una amistad, una comunión, una pertenencia mutua de Yahvé con su pueblo, un matrimonio: “Por eso voy a seducirla; voy a llevarla al desierto y le hablaré al corazón. Allí le daré sus viñas, convertiré el valle de Amargura en puerta de esperanza; y ella responderá allí como en los días de su juventud, como el día en que subía del país de Egipto. Y sucederá aquel día - oráculo de Yahvé - que ella me llamará: "Marido mío" [...] Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión, <sup>22</sup> te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás a Yahvé” (Os 2,16-22).

## b) Las transgresiones de la alianza

Sin embargo, los errores, limitaciones y decisiones equivocadas llevaban muchas veces al incumplimiento de la Torah. ¿Qué ocurre, entonces, cuando no se cumple la Torah? Las transgresiones estaban contempladas en la misma ley, que ofrecía mecanismos para recuperar esa comunión, esa alianza, para reconciliar el matrimonio separado por la infidelidad del pueblo. Vamos a señalar tres tipos de transgresiones que afectaban a la alianza.

En primer lugar, las faltas contra la pureza que son involuntarias e inadvertidas. Son situaciones que no reflejan la pureza de Yahvé y por las que Dios se aleja de su pueblo. La solución que la ley ofrece en estas situaciones es la realización de rituales de purificación con agua sobre el transgresor, considerado impuro: “El que toque un muerto, cualquier cadáver humano, será impuro siete días. <sup>12</sup> Se purificará con aquella agua los días tercero y séptimo, y quedará puro. Pero si no se ha purificado los días tercero y séptimo, no quedará puro. <sup>13</sup> Todo el que toca un muerto, un cadáver humano, y no se purifica, mancha la Morada de Yahvé; ese individuo será excluido de Israel, porque las aguas lustrales no han corrido sobre él: es impuro; su impureza sigue sobre él” (Num 19,11-13).

En segundo lugar, las faltas contra la santidad de las personas, bienes o tierras; estas son voluntarias. Esos comportamientos, de nuevo, no reflejan la santidad de Yahvé y se comprenden como manchas que ensucian el templo y lo hacen inhabitable para Dios, de modo que lo abandona. La solución que ofrece la ley es la realización de un ritual de purificación con sangre de carnero en el templo, sobre el arca de la alianza: “[El sacerdote] inmolará el macho cabrío como sacrificio por el pecado del pueblo e introducirá su sangre detrás del velo [...] [y] rociará el propiciatorio y su parte anterior. <sup>16</sup> Así purificará el santuario de las impurezas de los israelitas y de todas sus rebeldías y pecados” (Lv 16,15-16). “<sup>21</sup>[El sacerdote] impondrá ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo y confesará sobre él todas las iniquidades de los israelitas, todas sus rebeldías y todos sus pecados, los cargará sobre la cabeza del macho cabrío y lo enviará al desierto por medio de un hombre designado para ello. <sup>22</sup> Así el macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos, hacia una tierra desierta” (Lv 16,21-22). De este modo Yahvé puede volver al templo y reconciliarse con su pueblo.

Por último, las faltas más graves como la idolatría, las relaciones sexuales inadecuadas o el asesinato merecían un castigo más severo: la expulsión del transgresor de en medio de su pueblo (y la muerte); a este se le consideraba “perdido”. En algunas ocasiones se podría volver a aceptar, en cuyo caso se exigía arrepentimiento y determinados sacrificios; era como una conversión de gentil a judío. “Dijo Yahvé a Moisés: <sup>2</sup> “Dirás a los israelitas: Si un hombre cualquiera de entre los israelitas o de los forasteros que residen en Israel entrega uno de sus hijos a Móléc, morirá sin remedio; el pueblo de la tierra lo apedreará. <sup>3</sup> Yo mismo volveré mi rostro contra ese hombre y lo extirparé de su pueblo, por haber entregado un hijo suyo a Móléc, haciendo impuro mi santuario y profanando mi nombre santo” (Lv 20,1-3).

Una primera conclusión de esta rápida mirada es que los sacrificios y la reconciliación iban de la mano en el Judaísmo del Segundo Templo. Estos mecanismos vistos muestran la estrecha relación entre los sacrificios y la reconciliación: aquellos se hacían para purificar el templo eliminando lo que Dios aborrece y, por tanto, para reconciliar de nuevo a Yahvé con su pueblo; era como restaurar el matrimonio roto.

### c) El arrepentimiento

Sin embargo, esos sacrificios no eran mecanismos automáticos y se requería el arrepentimiento. Esta condición era fundamental en todos los casos, como lo recogen los profetas (Isa 1,10-17; 29,13-14; Jer 6,20; 7,1-15; Am 5,21-24). En el libro de Daniel, por ejemplo, se dice: “Pero acepta nuestra alma arrepentida y nuestro espíritu humillado, como un holocausto de carneros y toros, y millares de corderos cebados” (Dan 3,39). Por su parte, los rabinos del tiempo de Jesús y Pablo tenían una clara conciencia de la importancia del arrepentimiento; así lo recoge la Misnah: “El sacrificio por el pecado (Lv 4,27-35) y el sacrificio incondicional por el delito (Lv 5,15; 6,6) tienen fuerza expiatoria con tal de que haya arrepentimiento. La muerte y el día del perdón expían con el arrepentimiento. El arrepentimiento perdona los pecados leves, ya por omisión, ya por quebrantamiento. Los más graves los deja en suspenso hasta que llegue el Día del Perdón y sean expiados” (*mYom* 8,8-9).

El arrepentimiento, por tanto, formaba parte de la vida del creyente judío; se entendía como la voluntad del pecador para restaurar la relación original establecida por la gracia de Yahvé. “El arrepentimiento no es una obra que gana el favor de Dios, sino el modo de restaurar una relación tensada por la transgresión” (Sanders, *Paul and Palestinian Judaism*, p. 197).

Todos estos mecanismos de reconciliación buscan hacer la paz entre dos personas, cambiar la enemistad en amistad, que el enemigo pase a ser amigo, que el marido ofendido vuelva a amar a la esposa que le ha traicionado. En el fondo, todos estos modos de reconciliación pretenden resolver la distancia, la enemistad, la ruptura de relaciones provocadas por un ofensor sobre un ofendido. Efectivamente, la norma básica que regía la convivencia y las relaciones en el Mediterráneo oriental del siglo I era que, quien había ofendido a la otra parte debía dar el primer paso para iniciar el camino de la reconciliación, para restaurar la paz y devolver la amistad, la dignidad al que se ha ofendido. Era el ofensor el que debía acercarse al ofendido; no al revés. Como el pueblo judío era el ofensor, era él quien debía realizar estos mecanismos de reconciliación.

### d) Otros modos de reconciliación

Existían, además de estos mencionados, otros modos para reconciliarse con Yahvé, que fueron desarrollándose a lo largo de la historia del pueblo de Israel en relación con sus propios avatares históricos. Vamos mencionar los que tuvieron más importancia en el nacimiento del cristianismo y, especialmente, en la propia experiencia y reflexión de Pablo.

En primer lugar, los sacrificios que aplacan la ira de Yahvé. Tras el relato del diluvio (Gen 6-8), el texto cuenta que Noé salió del arca y ofreció un sacrificio a Yahvé: “[al terminar el diluvio] Noé construyó un altar a Yahvé, y tomando de todos los animales puros y de todas las aves puras, ofreció holocaustos en el altar. <sup>21</sup> Al aspirar Yahvé el calmante aroma, dijo en su corazón: “Nunca más volveré a maldecir el suelo por causa del hombre, porque las trazas del corazón humano son malas desde su niñez, ni volveré a herir a todo ser viviente como lo he hecho. <sup>22</sup> Mientras dure la tierra, sembrar y siega, frío y calor, verano e invierno, día y noche no cesarán” (Gen 8,20-21).

En segundo lugar, encontramos la petición de un intercesor que aplaque a Dios y logre que desista de su ira y lo reconcilie con su pueblo. En el relato del éxodo, Moisés se encuentra al bajar del monte con un pueblo que se ha construido un becerro de oro y que lo adora; Dios se enfada al extremo y amenaza con destruir totalmente al pueblo, pero Moisés interviene en su

favor: "Dijo Yahvé a Moisés: 'Déjame ahora que se encienda mi ira contra ellos y los devore; de ti, en cambio, haré un gran pueblo'.<sup>11</sup> Pero Moisés trató de aplacar a Yahvé su Dios, diciendo: "¿Por qué, oh Yahvé, ha de encenderse tu ira contra tu pueblo, el que tú sacaste del país de Egipto con gran poder y mano fuerte?<sup>12</sup> ¿Por qué han de decir los egipcios 'los sacó con mala intención, para matarlos en las montañas y exterminarlos de la superficie de la tierra'? Abandona el ardor de tu cólera y arrepíentete de la amenaza contra tu pueblo.<sup>13</sup> Acuérdate de Abrahán, de Isaac y de Israel, tus siervos, a quienes por ti mismo juraste: 'Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; y toda esta tierra, de la que os he hablado, se la dará a vuestros descendientes, que la heredarán para siempre'.<sup>14</sup> Y Yahvé renunció a lanzar el mal con que había amenazado a su pueblo" (Ex 32,10-14).

En tercer lugar, el martirio o morir para dar vida. En el Segundo libro de los Macabeos se nos cuenta la historia de una madre con siete hijos a los que apresa el rey (Antiocho IV Epífanes) para obligarles a renunciar a su propia fe comiendo carne de cerdo, prohibida por la ley. En este relato se ofrece una explicación al porqué del sufrimiento del pueblo de Israel ante los enemigos. La explicación es esta: Israel sufre porque ha enfadado a Yahvé con sus transgresiones de la ley y Dios le castiga permitiendo a los enemigos que dominen temporalmente a Israel; pero la fidelidad y perseverancia de su pueblo permitirá a Israel librarse de los enemigos. De modo que, en vez de luchar, lo que deben hacer es mantenerse fieles a la ley, con una mayor radicalidad y celo que nunca. Así comienza el libro: "Que [el Señor] escuche vuestras súplicas, se reconcilie con vosotros y no os abandone en tiempo de desgracia" (2Mac 1,5). Los fieles deben buscar, por tanto, con su comportamiento que Dios cambie y se reconcilie con su pueblo. "Antíoco estaba engreído en su pensamiento, sin considerar que el Soberano estaba irritado por poco tiempo a causa de los pecados de los habitantes de la ciudad y por eso desviaba su mirada del templo.<sup>18</sup> [...] <sup>19</sup> Pero el Señor no ha elegido a la nación por el templo, sino el templo por la nación" (2Mac 5,17-19). "En cuanto ella [la madre] terminó de hablar, el muchacho dijo: "¿Qué esperáis? No obedezco el mandato del rey; obedezco el mandato de la Ley dada a nuestros padres por medio de Moisés.<sup>31</sup> Y tú, que eres el causante de todas las desgracias de los hebreos, no escaparás de las manos de Dios.<sup>32</sup> [...] <sup>33</sup> Si es verdad que nuestro Señor, que vive, está momentáneamente irritado para castigarnos y corregirnos, también se reconciliará de nuevo con sus siervos [...] <sup>37</sup> Yo, como mis hermanos, entrego mi cuerpo y mi vida por las leyes de mis padres, invocando a Dios para que pronto se muestre propicio con nuestra nación, y que tú con pruebas y azotes llegues a confesar que él es el único Dios.<sup>38</sup> Que en mí y en mis hermanos se detenga la cólera del Todopoderoso justamente descargada sobre toda nuestra raza" (2Mac 7,30-33.37-38). "Macabeo, con su tropa organizada, fue ya invencible para los paganos, al haberse cambiado en misericordia la cólera del Señor.<sup>6</sup> Llegando de improviso, incendiaba ciudades y pueblos; después de ocupar las posiciones estratégicas, causaba al enemigo grandes pérdidas" (2Mac 8,5-6).

En cuarto lugar, el sufrimiento vicario de uno por muchos que devuelve la paz y cura. El Segundo libro de Isaías (Is 40-55) tiene cuatro poemas dedicados al llamado "Siervo de Yahvé", personaje enigmático que concentra las esperanzas de restauración del pueblo que se encuentra en el exilio. El profeta explica que Yahvé ha descargado el castigo merecido por todo el pueblo en ese Siervo, de modo que su castigo ha resultado terapéutico para todos los demás, sus heridas han dado paz al pueblo, en el sentido de que han evitado que caigan sobre todo el pueblo. Así lo describe: "Despreciado, marginado, hombre doliente y enfermizo, como de taparse el rostro por no verle. Despreciable, un Don Nadie.<sup>4</sup> ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por

azotado, herido de Dios y humillado. <sup>5</sup> Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados. <sup>6</sup> Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros. [...] <sup>11</sup> Por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará. Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos, y las culpas de ellos él soportará. <sup>12</sup> Por eso le daré su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes.” (Is 53,3-6.11-12).

Por último, nos encontramos la idea de la reconciliación diplomática de los enemigos o de los esposos divorciados. No tiene trasfondo cultural ni sacrificial. Es utilizada en la literatura helenística para referirse a la reconciliación con los dioses, aunque aparece pocas veces. Generalmente, sólo se aplicaba a las relaciones personales (naciones, gobernantes o esposos...), pero en alguna ocasión se aplica también a la relación con los dioses en la Grecia clásica. Aristófanes, en el simposio de Platón (*Symposium* 193b), dice: “Existe, pues, el temor de que, si no somos mesurados respecto a los dioses, podamos ser partidos de nuevo en dos y andemos por ahí como [... serrados en dos por la nariz...]. Ésta es la razón, precisamente, por la que todo hombre debe exhortar a otros a ser piadoso con los dioses en todo, para evitar lo uno y conseguir lo otro, siendo Eros nuestro guía y caudillo. Que nadie obre en su contra - y obra en su contra el que se enemista con los dioses-, pues si somos sus amigos y estamos reconciliados con el dios, descubriremos y nos encontraremos con nuestros propios amados, lo que ahora consiguen solo unos pocos”.

En conclusión, podemos decir que estos ejemplos revelan estrategias para cambiar a Dios, calmar su ira, quitar la impureza, hacerle cambiar de opinión, ... Todos estos mecanismos de reconciliación buscan cambiar a Dios para que él se acerque de nuevo a su pueblo. La imagen de Dios que se desprende de estos mecanismos de reconciliación es clara: Dios se ofende, se enfada, amenaza, se aleja, huye, castiga, ... Esos mecanismos de reconciliación pretenden cambiar la ira de Dios (y la amenaza de castigos) en compasión y benevolencia (que evite el castigo o lo elimine).

## 2. La experiencia de Pablo: reconciliación

Teniendo en cuenta este trasfondo cultural del Judaísmo del Segundo Templo podemos hacernos una mejor idea del significado que tuvo para un judío como Pablo la experiencia de encuentro con Yahvé a través de un crucificado resucitado. Vamos a atenernos a las palabras del propio Pablo que nos ha dejado el testimonio de su propia experiencia y descubrimiento.

### a) Antes de su vocación

Hay tres datos que son de excepcional importancia para comprender su experiencia religiosa con Jesús. El primero es que él se presenta como un judío observante respecto a la Alianza: “Circuncidado el octavo día; del linaje de Israel; de la tribu de Benjamín; hebreo e hijo de hebreos; en cuanto a la Ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia de la Ley, intachable” (Flp 3,5-6). La piedad y fidelidad de Pablo a la alianza de sus padres debió de ser destacada, más que muchos de su generación. Pablo era un judío celoso, severo y esforzado en el cumplimiento de la ley y, por tanto, en el mantenimiento de la alianza. Nada nos permite afirmar lo contrario.

En segundo lugar, Pablo recoge al final de su vida un recuerdo de cómo sentía y entendía él este esfuerzo celoso por el cumplimiento de la ley. Dice que, a pesar de todos sus esfuerzos por cumplir la ley Pablo se sabía pecador; sabía que sus esfuerzos por cumplir la ley no le hacían amigo de Dios, porque nadie puede cumplir toda la ley: "... Yo no conocí el pecado sino por la ley. De modo que yo hubiera ignorado la codicia si la ley no dijera: ¡No codicies! Pero el pecado, aprovechándose del precepto, suscitó en mí toda clase de codicias; pues sin ley el pecado estaba muerto. ¡Vivía yo un tiempo sin ley!, pero en cuanto sobrevino el precepto, revivió el pecado, y yo morí; y resultó que el precepto, dado para vida, me causó muerte" (Rom 7,7-10). En este texto dice Pablo que la ley le hizo darse cuenta de que le pedía algo imposible: en el texto "dejar de codiciar". Nunca podría reconciliarse con Dios mediante el cumplimiento de la ley, porque era imposible dejar de codiciar: Dios le había hecho codicioso y le pedía que dejara de ser como Él mismo le había hecho. Quizá esto mismo explica su fanatismo por el celo de la ley: "[conocéis] cómo superaba en el judaísmo a muchos compatriotas de mi generación, aventajándoles en el celo por las tradiciones de mis padres" (Gal 1,14). Buscaba en la radicalidad, en la exageración, lo que no encontraba en el cumplimiento de la ley.

Y en tercer lugar, según su propia tradición, un colgado o un crucificado era un maldito; por tanto, consideraba también una maldición un Mesías crucificado. El Deuteronomio recoge una norma sobre los ahorcados, que se aplicó a los crucificados en tiempo de Jesús: "Si un hombre, reo de delito capital, ha sido ejecutado, lo colgarás de un árbol. No dejarás que su cadáver pase la noche en el árbol; lo enterrarás el mismo día, porque un colgado es una maldición de Dios. Así no harás impuro el suelo que Yahvé tu Dios te da en herencia" (Dt 21,22-23). Pablo es perfectamente consciente de esta norma de la Torah y la cita en la Carta a los Gálatas: "Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros, pues dice la Escritura: Maldito el que cuelga de un madero" (Gal 3,13). Y esto, él mismo lo reconocerá más tarde, era una imagen "carnal" de Jesús, limitada y equivocada: "Así que, en adelante, ya no conocemos a nadie según la carne. Y si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así" (2Cor 5,16). Quizá por esto perseguía a la *ekklêsia*, como buscando una forma de reconciliarse con Yahvé: "Pues habéis oído hablar de mi conducta anterior en el judaísmo, cuán encarnizadamente perseguía a la iglesia de Dios para destruirla, y cómo superaba en el judaísmo a muchos compatriotas de mi generación, aventajándoles en el celo por las tradiciones de mis padres" (Gal 1,13-14).

Por tanto, en su tradición y mentalidad, según sus expectativas, era él, Pablo, quien debía iniciar el camino de la reconciliación. Quizá la hostilidad y persecución a los seguidores de Jesús eran para Pablo una demostración de su voluntad inquebrantable por la Alianza, por su pueblo y por defenderlo de toda amenaza, incluida la de dentro (los que proclamaban Mesías a un crucificado). Sin embargo, Pablo cuenta que este celo y fanatismo no lograba que Pablo experimentase a Yahvé reconciliado o en paz con él. Y lo descubre porque es reconciliado con Yahvé, precisamente, cuando no lo merece, siendo impío o enemigo: "la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros. ¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvos de la ira!" (Rom 5,8-9). Ninguno de los mecanismos de reconciliación que él conocía se habían puesto en marcha en esta ocasión; lo que ocurrió fue totalmente diferente.

## b) El encuentro de reconciliación

Lo que ocurrió desbarató las expectativas que él tenía, heredadas de su propia tradición judía, sobre la relación con Dios. El punto de partida fue una experiencia que le desbordó, difícil de explicar. Así la expresa él en la Carta a los Romanos: “Habiendo, pues, recibido de la fe la justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo”; “si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida!” (Rom 5,1.10). Nada de lo que Pablo había hecho resultaba, por lo visto, satisfactorio para lograr la paz y la reconciliación; ni el esfuerzo por cumplir la ley, ni la persecución a los judíos desviados, ... nada lograba su paz y amistad con Dios, al menos en su experiencia subjetiva. Lo único que le dio la paz fue aceptar que es Dios el que reconcilia por su cuenta, sin pedir nada a cambio, sin condiciones, ni exigencias, sin esfuerzos, ni pruebas... únicamente porque Él quiere. Y el único modo de darse cuenta es ser reconciliado cuando no se cumplen las condiciones que su propia tradición le exigía. Todo cambia ahí.

Esta experiencia está vinculada con el descubrimiento del Crucificado: “el amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron” (2Cor 5,14); “cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos” (Rom 5,6). Lo que ocurre en esa experiencia de encuentro con Jesús puede ser descrita como una “aparición” (1Cor 15,5-8): el que se le aparece vivo es el Crucificado. Este encuentro con Jesús resucitado tiene tanto impacto sobre su vida porque ese resucitado lo identifica como el que fue crucificado. Y es esta segunda parte la que desencadena una transformación inesperada y radical. El encuentro con el Mesías, con el hijo de Dios que ha sido crucificado le obliga a revisar sus propias tradiciones, por las que tanto se había empeñado y luchado.

Pablo descubre que Dios le “ha hecho pecado” a Jesús para mostrar el cambio en el modo de relacionarse con Dios: “A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él” (2Cor 5,21). “Hacer pecado a Jesús” es una expresión atrevida, compleja y muy oscura, similar a la de Gal 3,13 “Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros, pues dice la Escritura: Maldito el que cuelga de un madero”. Pablo se refiere a la muerte en cruz de Jesús: maldición según la ley (Dt 21,22-23). Es una forma de decir que Jesús murió como un abandonado, como un pecador, como un maldito según su ley, para obligarle a Pablo a descubrir que su propia tradición debía cambiarse.

Lo que él consideraba de valor (su esfuerzo por el cumplimiento de la ley, su celo por sus costumbres, los modos de reconciliarse con Yahvé...) se convierte en basura; nada de aquello le sirvió: “Lo que para mí era ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas y las tengo por basura para ganar a Cristo” (Flp 3,7-8). Pablo descubrió que alguien “maldito” por su propia tradición era el elegido por Yahvé, el Mesías, el Hijo de Dios. Entonces se ve obligado a despreciar lo que antes apreciaba: su cumplimiento de la ley, su justificación, sus méritos, ..., y a aceptar una nueva realidad: Yahvé no es como él pensaba; no pide esas condiciones para darle la paz, hacerlo amigo, reconciliarlo. La muerte de Jesús ha sido la prueba de que Dios funciona con otros esquemas; el encuentro con el Crucificado-Resucitado es su experiencia definitiva.

En esas circunstancias Pablo se descubre objeto (inmerecido) de amor por Dios; se sabe amado: “la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores,

murió por nosotros” (Rom 5,8). El encuentro con el Crucificado es una experiencia del espíritu (extática, 2Cor 5,13) que le hace ser “nueva criatura” (“el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo”, 2Cor 5,17) y que le “empuja” a ver todo de modo diferente y le lleva a juzgar de modo nuevo a Jesús.

### c) Las consecuencias personales

Para Pablo las consecuencias fueron inmediatas y radicales. Su vida como judío cumplidor, esforzado, celoso, intransigente, ... no habían logrado más que un mayor fanatismo. Como el hijo mayor de la parábola del Hijo pródigo y el Padre misericordioso (Lc 15,11-32), Pablo se había pasado la vida en la casa del padre, yendo a trabajar todos los días, esforzándose por complacer al padre, pero despreciando al hermano menor por haber derrochado la herencia familiar, incapaz de sentir como propio lo de su padre, negado para alegrarse por la vuelta del hermano, inútil para la alegría y para entrar en la fiesta por su hermano. Pablo había sido un judío observante y celoso, pero había sido incapaz de descubrir en ello el gozo, la alegría, la paz, la reconciliación, la gratuidad...

El encuentro con un “maldito” según su propia tradición a quien su mismo Dios había resucitado como signo de lo que Dios hace en la historia le obligó a mirar su fe con otros ojos: era Dios mismo el que le ofrecía gratuitamente la paz, la alegría, la reconciliación... Es Dios el que le reconcilia a Pablo con Él, le convierte en amigo (de enemigo), le hace estar en paz con Yahvé y, lo que es más importante, sin que Pablo haya cumplido los requisitos para ello: sin sacrificios, ni arrepentimiento, ni una petición formal de reconciliación ..., nada (Rom 5,8). La iniciativa de Dios, siendo el ofendido, es lo que le cambia toda su visión (2Cor 5)

### 3. Conclusión: La Relectura paulina de los sacrificios y la reconciliación

La muerte de Jesús fue una experiencia de reconciliación. En ella Pablo vio no un sacrificio al modo que exigía su tradición; la muerte de Jesús no era un sacrificio para la reconciliación que aplacara o acercara a un Dios alejado. La muerte de Jesús no era un sacrificio sino una imitación, un icono de Dios (2Cor 4,4): Jesús en la cruz estaba imitando cómo actúa Dios con las personas, no tomando en cuenta los pecados sino tomando la iniciativa para ofrecer una amistad que no se altera por las ofensas.

Esto exigió una nueva imagen de Dios: no el Dios que se aleja o se enfada por los pecados, sino el que está siempre amando para que podamos amar a los demás en vez de dañarlos.

Pablo tuvo que cambiar las metáforas sacrificiales por las diplomáticas para referirse a lo que ha acontecido con él ante Dios: él no había hecho sacrificios, no había compensado de ningún modo a Dios; sin embargo, éste había tomado la iniciativa de reconciliarlo dándole una amnistía general, “no tomando en cuenta sus transgresiones” y haciéndolo amigo y embajador, dándole la misma misión: reproducir lo que Dios ha hecho con él.

Por tanto, ya no le servía la idea de la “antigua alianza”, porque aquella exigía de las dos partes igual implicación (Dios elegía al pueblo para cuidarlo y salvarlo y el pueblo cumplía la Torah). La experiencia de Pablo es que esa alianza no funciona así: Dios no cumple su parte solo cuando el pueblo cumple la suya, como creía. Dios cumple su parte siempre, mucho más de lo que le corresponde; cumple su parte y la del pueblo.

La reconciliación, para Pablo, era un modo de expresar esta generosidad de Dios que no espera que las personas cumplan su parte para cumplir la suya; no espera el cumplimiento de



la ley para cuidar, proteger y amar a cada persona: lo hace independientemente de lo que la persona haga.

La “nueva alianza” ahora es otra muy diferente: se trata de reflejar, como en un espejo, al Dios de la reconciliación de Jesús: “Dios mismo nos capacitó para ser ministros de una nueva alianza, no de la letra, sino del Espíritu [...]. ~~Teniendo, pues, esta esperanza, procedemos con toda franqueza,<sup>13</sup> y no como Moisés, que se ponía un velo sobre su rostro para impedir que los israelitas vieran el fin de lo que era pasajero...<sup>14</sup> Pero se embotaron sus inteligencias. En efecto, hasta el día de hoy permanece ese mismo velo en la lectura del Antiguo Testamento, y no se levanta, pues sólo en Cristo desaparece. <sup>15</sup> Hasta el día de hoy, siempre que se lee a Moisés, un velo está puesto sobre sus corazones. <sup>16</sup> Y cuando se convierta al Señor, caerá el velo. <sup>17</sup> Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad. <sup>18</sup> Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu” (2Cor 3,6.12-18).~~

La vocación del creyente es reproducir esa imagen sorprendente de Dios que toma siempre la iniciativa, que da siempre el primer paso, que no se ofende ni aleja; ese Dios que siempre espera la vuelta del que se aleja por su cuenta. Pablo se siente impulsado a ser embajador de esa misma reconciliación e invita a todos a no esperar que el ofensor dé el primer paso. La reconciliación (amistad, cercanía, ...) es el estado del creyente y por eso el creyente reconciliado es un espejo de Dios: “pues el mismo Dios que dijo ‘del seno de las tinieblas brille la luz’ la ha hecho brillar en nuestros corazones para iluminarnos con el conocimiento de la gloria que Dios que está en el rostro del Mesías” (2Cor 4,6).